

## CARLOS GRANDMOUGIN

### EL REGRESO

Cuando se acerca para el fiel amante  
tras larga ausencia el suspirado instante  
de ver de nuevo á quien llenó su vida,  
y quizás—¡tal su amor es delirante!—  
fué por él locamente maldecida,  
gozando ya venturas deliciosas,  
piensa que ha de decirle muchas cosas:  
sus dudas, sus alarmas, sus terrores,  
hasta los más ligeros sinsabores;  
los sueños de sus noches agitadas;  
los présagos temores  
tormento de las cartas anheladas!  
Pero llega, por fin, la feliz hora;  
mira delante á la que tanto adora;  
late convulso el corazón opreso,  
y toda la elocuencia se evapora  
en un ardiente y apretado beso.

### LA PARTIDA

Iba á dejarme, y tardaría en verla.  
¡Cómo al cobarde corazón agobian  
los últimos instantes! La partida  
matinal es más dura y más penosa.  
Nos despertamos con el alma aún llena  
del nocturno sopor, cuando la aurora  
surge brillante, y al azul del cielo  
matices da de lilas y de rosas.  
Pálido el rostro, hinchados aún los ojos,  
sentimos lacia pesadumbre. Toma

la casa aspecto lúgubre. Parece  
todo triste: las puertas que se entornan,  
las persianas cerradas; los jarrones  
donde las frescas flores olorosas  
se mustiarán; las llaves, que agrupadas  
gruesos manojos resonantes forman;  
las maletas, los fardos bien envueltos,  
las sillas que en su sitio se colocan,  
el piano mudo, el jardincillo alegre,  
alegre ayer y sin encanto ahora!

Me senté en un rincón. Mal humorado  
estaba y taciturno. Ella, animosa,  
á mí vino, y me habló de conformada  
resignación, y del valor que afronta  
la adversidad, y de esperanza... En tanto,  
agolparse sentía en negras olas  
á mis ojos las lágrimas. Un nudo  
me agarrotaba. Estaban ya de sobra  
para mí ¡hasta sus besos! Y por miedo  
de romper á llorar, no abrí la boca.

Pensaba: «Pronto el polvo blanquecino  
todo lo cubrirá. ¡Cuán triste y lóbrega  
la casa va á quedar, sin que entre en ella  
la luz del sol, ni las nocturnas sombras  
las lámparas disipen! Ya rollaron  
la piel de tigre, en cuya suave alfombra,  
al lado de la alegre chimenea,  
medio dormido, á las quimeras locas  
de mis ensueños entregaba el alma.  
¡Cuánto tiempo las tazas primorosas  
de Sevres, sobre el mármol olvidadas,  
aguardarán, sin que mi labio sorba  
su exquisito licor! Y abandonado  
el reloj, que halagaba con sus notas  
acompañadas mi atención, de pronto  
suspenderá su vibración monótona.

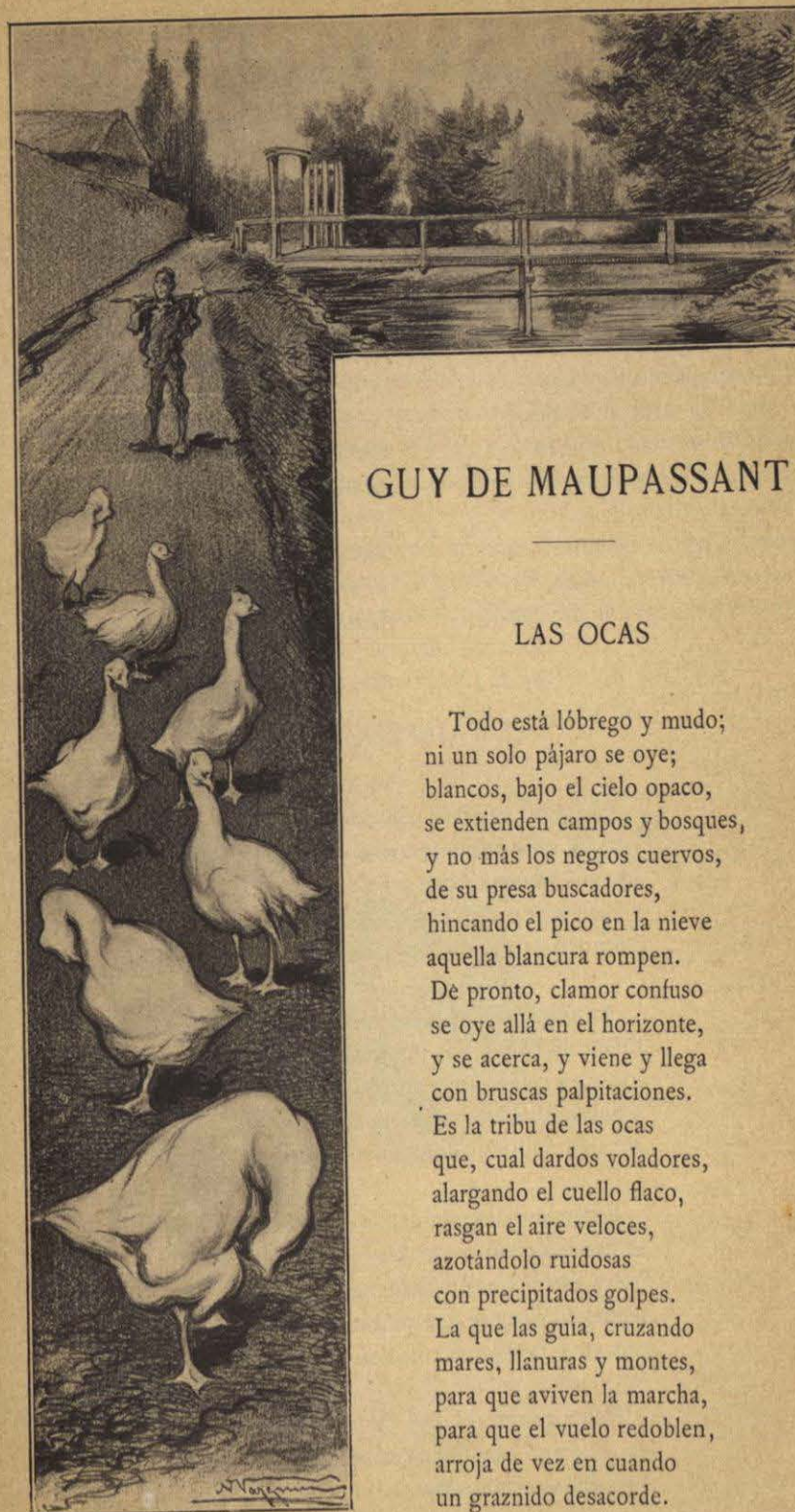
Aguardaba. Más dura, más terrible  
que la cruel partida, es la zozobra  
de la impaciente espera. No podía  
resistir más. En trémula congoja  
mi opreso corazón se estremecía  
como un pájaro herido. A la imperiosa  
sugestión del pasado, en vano quise  
arrancarlo. Mi amor, al que dió toda



su fuerza la costumbre, desmayaba  
 ante la soledad, aterradora  
 para mí. Mudo, la abrasada frente  
 entre las manos, meditaba á solas  
 sobre el odioso porvenir. ¡Qué amargas  
 las comidas! ¡Cuán largas y enfadosas  
 las veladas sin música! ¡Qué horribles  
 las noches! Y encendido en ciega cólera,  
 la maldije insensato, y me irritaba  
 oír sus pasos en la estancia próxima!

Llegó el instante. Ennegrecer no quise  
 la triste despedida con la sombra  
 de mis enojos. Levantéme súbito,  
 cansada el alma de su lucha sorda,  
 y la estreché en mis brazos ardoroso,  
 delirante, frenético. ¡Cuán hondas  
 las últimas miradas! ¡Cuán febriles  
 las caricias postreras! ¡Cuán copiosas  
 sus lágrimas, mezcladas con las mías,  
 corrían por mi rostro, y á mi boca!  
 aún cálidas llegaban! ¡Qué apretado  
 se encogió el corazón! ¡Cuál mis ya rotas  
 entrañas desgarraban más sus besos,  
 que mi delicia fueron y mi gloria!

Mucho duró el suplicio; no sé cuánto.  
 Solo, por fin, cuando á mi vista atónita  
 se perdió el coche tras lejana esquina,  
 enmismado, la mirada torba,  
 indeciso el andar, seguí la acera.  
 Subía el humo al cielo en leves ondas,  
 y París emprendía su tarea  
 al sol de una mañana encantadora.  
 Asombro me causaba que las gentes  
 trabajasen, y al verlas tan gozosas  
 pasar, la negra noche apetecía.  
 Allá, en su incierto tondo, la memoria  
 transfiguraba lo pasado, y limpios  
 de mancha, con fantástica aureola  
 brillar veía los perdidos goces  
 del amor, como espléndida y hermosa  
 la imagen de la patria brillar mira  
 el desterrado que su ausencia llora.



## GUY DE MAUPASSANT

### LAS OCAS

Todo está lóbrego y mudo;  
 ni un solo pájaro se oye;  
 blancos, bajo el cielo opaco,  
 se extienden campos y bosques,  
 y no más los negros cuervos,  
 de su presa buscadores,  
 hincando el pico en la nieve  
 aquella blancura rompen.  
 De pronto, clamor confuso  
 se oye allá en el horizonte,  
 y se acerca, y viene y llega  
 con bruscas palpitaciones.  
 Es la tribu de las ocas  
 que, cual dardos voladores,  
 alargando el cuello flaco,  
 rasgan el aire veloces,  
 azotándolo ruidosas  
 con precipitados golpes.  
 La que las guía, cruzando  
 mares, llanuras y montes,  
 para que aviven la marcha,  
 para que el vuelo redoblen,  
 arroja de vez en cuando  
 un graznido desacorde.